

Edgardo Civallero

# Un bibliotecario en Galápagos





## **Unas islas en los Mares del Sur**

### **Un bibliotecario en las Galápagos [01]**

"No tengo ninguna razón en especial para ir, excepto que nunca he estado allí, y el conocimiento es mejor que la ignorancia".

[En boca de un hombre que la escritora y exploradora británica Freya Stark conoció en uno de sus viajes].

Las islas Galápagos o archipiélago de Colón son un grupo de 19 islas, 42 islotes y 26 rocas pertenecientes a Ecuador, ubicadas en el océano Pacífico, a 1000 km de la tierra firme más cercana. Tal y como lo planteó el naturalista William Beebe a principios del siglo pasado, son una suerte de "fin del mundo".

Un "fin del mundo" ubicado en plena faja central del planeta: la línea ecuatorial atraviesa el archipiélago en isla Isabela, cortando casi al medio al volcán Wolf, la mayor altura galapagueña (1707 m).

Las islas son parte de un Parque Nacional ecuatoriano, poseen una población residente limitada (solo puede poblarse el 3.5% de la superficie galapagueña) y están sujetas a unos estrictos niveles de protección, pues son, entre otras cosas, patrimonio natural y

reserva de la biosfera de la UNESCO. A pesar de ello, son escenario de fuertes movimientos turísticos y migratorios, así como de no pocos conflictos ambientales.

### ***Islas Encantadas***

Se las ha llamado "islas Encantadas", un apelativo que les asignaron los conquistadores españoles al considerarlas hechizadas: al no ser capaces de ubicar las esquivas ínsulas en sus cartas de navegación, creían que aparecían y desaparecían "por encanto". Herman Melville, el padre de *Moby Dick* y tripulante él mismo, en sus años juveniles, de un ballenero que faenó en las Galápagos, inmortalizó el calificativo en una de sus mejores obras, *The Encantadas* (1854). Allí dice de ellas:

Tomad veinticinco montones de ceniza diseminados aquí y allá sobre un terreno baldío; dejad que vuestra imaginación los transforme en montañas y en mar el espacio entre ellas, y tendréis una idea exacta del aspecto general de las "Encantadas".

El propio Darwin, que haría famosas a las islas y las convertiría en el objeto de deseo de la comunidad científica y conservacionista internacional, no fue mucho más magnánimo en su descripción. En *The Voyage of the Beagle* (1839) señala:

La primera impresión que causa el terreno tiene poco o nada de agradable. Tropiézase con una superficie desigual, de negra lava basáltica, lanzada en

oleadas de angulosos perfiles y cruzada por grandes grietas, por doquiera cubierta de arbustos enanos medio marchitos, en los que se descubren pocas señales de vida. El seco y abrasado suelo, con el calor del sol de mediodía, daba al aire cierta pesadez asfixiante como la de una estufa, y hasta nos parecía que los arbustos olían mal.

El "descubridor" español de las islas —un fraile dominico de nombre Tomás de Berlanga, desviado de su ruta entre Panamá y Perú en 1535 y arrojado a sus costas medio muerto de sed— tampoco recibió una buena impresión.

En todo el archipiélago, pienso que no hay un lugar donde pueda sembrarse un celemin de trigo, pues está en gran parte cubierto por grandes rocas, en cantidad tal que se diría que Dios ha hecho llover piedras.

No, no se trata de un paraíso tropical, de playas blancas y palmeras: más bien, de un áspero reducto volcánico. Las Galápagos cuentan, de hecho, con 21 volcanes, de los cuales 13 se consideran activos. Desde 1797 se han registrado alrededor de 60 erupciones. Las últimas fueron la del bellissimo Cerro Azul, en isla Isabela, en 2008; la del volcán Fernandina, en la isla homónima, en 2009; y la del volcán Wolf, nuevamente en Isabela, el 25 de mayo de 2015. Ese día, las únicas iguanas rosadas del planeta — *Conolophus marthae*— seguramente pensaron que su final había llegado.

A pesar de todo, no deja de ser un paisaje alucinante. Uno de manglares y escalesias, de coladas basálticas que se hunden en un mar surcado por tiburones... Y es, además, un

lugar con una historia humana más alucinante aún: historias de Incas navegantes y persecuciones de conquistadores, de bucaneros y asaltantes, de balleneros y cazadores de focas, de prisioneros y capataces. Y Darwin. Por supuesto, Darwin.

### ***Un laboratorio***

El relativo aislamiento de las islas y su particular configuración ha permitido que se transformen en una especie de laboratorio biológico dentro del cual han sobrevivido una flora y una fauna muy especiales: desde las célebres tortugas que dieron nombre al archipiélago y alimentaron a piratas, balleneros y colonos por siglos, hasta iguanas marinas, cormoranes ápteros, gigantescos albatros y pelícanos, nopales y margaritas con la talla de árboles, focas y pingüinos ecuatoriales... y mucho, muchísimo más. Tanto como para que se les haya dedicado y se les siga dedicando estudio, investigación, tinta y *bytes* a raudales.

Ese laboratorio natural en los Mares del Sur se convertirá, en mi caso, en uno bibliotecológico: el escenario para implementar una verdadera "bibliotecología de campaña", en un espacio prácticamente aislado, con recursos no siempre suficientes, y respondiendo a una misión y unas funciones especializadas y exigentes por demás. Y una oportunidad para conectar con el biólogo que una fui en mi juventud.

Sobre todo ello —mis experiencias profesionales y personales, mis materiales y fuentes bibliográficas, lo que vaya aprendiendo y descubriendo, mis ideas y dudas y errores...— iré escribiendo en estas páginas.

### ***Referencias***

Beebe, William (1924) (ed.). *Galápagos: World's End*. Nueva York, Londres: G. P. Putnam's Sons.

Bognoly, José A. (1905). *Las Islas Encantadas o el Archipiélago de Colón*. Guayaquil: Imp. y Lit. del Comercio.

Darwin, Charles (1871). *Journal of Researches into the Natural History and Geology of the countries visited during the voyage of H.M.S. Beagle round the world. New edition*. Nueva York: D. Appleton and Company. | Traducción: Calpe.

Melville, Herman (1856). *The Piazza Tales*. Nueva York: Dix & Edwards.

## Libros, tortugas y un montón de cactus

### Un bibliotecario en las Galápagos [02]

"¡Qué paisaje tan desolado y triste se descubre en la costa! Dos cerros cónicos, bastante elevados de color negro, separados por una llanura gris, en la que se destacan algunos gigantes *cereus* y tunas, y al fondo del cuadro, una cordillera rojiza, forman un conjunto de aspecto tan extraño y sui-generis, que no esperaba ver sino en sueños".

[Nicolás G. Martínez, en sus *Impresiones de un viaje al archipiélago de Galápagos*, 1915].

8 de la mañana. 30 grados. No me extraña que en estas islas las iguanas hayan aprendido a nadar.

Al sur de la biblioteca, tan cerca que puedo oírlo, el Pacífico. En la costa, iguanas y algunas *zayapas* (cangrejos rojos, del género *Grapsus*), más las aves marinas de rigor. Por los otros tres costados, tapizada de cactus del tamaño de árboles y de plantas espinosas, la Estación Científica de la Fundación Charles Darwin. Que incluye los corrales donde viven varias tortugas gigantes. Y la biblioteca.

Una biblioteca rodeada de un paisaje ciertamente agreste.

Visualmente, las Galápagos están definidas por su magmatismo. Las islas no son más que un conjunto de jóvenes volcanes de tipo hawaiano que asoman sus bocas (a veces humeantes) por encima de las olas del Pacífico oriental, cerca de donde entran en contacto tres placas tectónicas: la de Nazca, la de Cocos y la del Pacífico. El archipiélago está ubicado encima de un auténtico *hotspot* de la corteza terrestre. El equivalente geológico a una de las míticas puertas del infierno.

Una vieja leyenda —citada por Bognoly, que la recupera del cronista hispano Sarmiento de Gamboa— indica que Tupaq Yupanki Inka habría sido el descubridor de las Galápagos o, cuanto menos, de dos de ellas: *Jawachumbi* y *Ninachumbi*. El nombre de esta última se traduciría del quechua como "[Isla] de fuego", probablemente porque habría recibido al regente máximo del *Tawantinsuyu* con un espectáculo de humos y lavas candentes que, se supone, habrían motivado el apresurado regreso de la expedición a tierra firme.

El archipiélago, pues, no es otra cosa que un puñado de ásperas coladas basálticas rodeadas de un mar frío a veces, tibio otras —a lo largo del año la gélida corriente de Humboldt se alterna con la cálida de Panamá en el control del termostato—, cubiertas en su mayoría de plantas xerófilas y enormes cactus (el llamado "piso árido de vegetación"), y pobladas sobre todo por aves marinas, pinzones y sinsontes, iguanas y tortugas. Y algunos leones marinos.

El paisaje desagradó al descubridor oficial del archipiélago, el dominico español Tomás de Berlanga (1535), que apuntó algún comentario sobre Dios haciendo llover piedras sobre aquel erial, pero al parecer no hizo demasiada mella en los visitantes siguientes.

Fue el caso de Diego de Rivadeneira, capitán de las tropas de Diego Centeno, que llegó allí huyendo de la encarnizada persecución de su rival Francisco de Carvajal en 1546, durante las Guerras Civiles entre los Conquistadores del Perú. O de Edward Davis, un filibustero inglés que tras atacar a tres navíos españoles frente a las costas de Tumbes en 1684 anotó en su diario de a bordo:

Teniendo más de cien prisioneros a bordo, no sabiendo dónde obtener agua ni encontrar un lugar seguro, decidimos dirigirnos hacia el oeste a fin de ver si podíamos alcanzar esas islas llamadas Galápagos. Esto hizo reír mucho a los españoles, que nos dijeron que eran islas encantadas, que se trataban de islas fantasmas, y no reales.

Esa reputación fantasmal que las islas tenían entre los hispanos hizo que los piratas, tras desembarcar en ellas y comprobar que eran bien reales, las tomaran como su base de operaciones.

### ***Refugio de piratas y balleneros***

El bucanero inglés William A. Cowley trazó el primer mapa del archipiélago (el mejor hasta el de Fitzroy, siglo y medio después) durante su vuelta al mundo, y lo publicó en 1684. Su colega Edward Davis las visitó en 1684 y 1687, cuando la fama de "puerto de piratas" de las islas empezaba a consolidarse. A los corsarios no les importó demasiado la desolación, la aridez o las piedras. Ni los cactus, ni las iguanas. Y consideraron las

tortugas una bendición. De hecho, a finales del siglo XVII el capitán británico William Dampier —apodado "el pirata naturalista"— pasó tres meses en las Galápagos alimentándose precisamente de tortugas. Y apuntó:

Las tortugas terrestres son tan numerosas que quinientos o seiscientos hombres podrían alimentarse de ellas durante meses, sin otras provisiones: son extraordinariamente grandes y gordas, y tan suaves al paladar que ningún pollo se les compara. Cada mañana enviábamos a tierra al cocinero, quien mataba tantas tortugas cuantas necesitábamos para el día.

Un siglo después, terminando el XVIII, los filibusteros abandonaron las islas y su lugar fue ocupado por los balleneros y los cazadores de focas (y algunos náufragos de biografías alucinantes). A ellos tampoco les importaron demasiado los roquedales ni los matorrales espinosos, ni la manifiesta falta de agua: solo veían caza y pesca de la que sacar tajada económica. El abuso al que la naturaleza isleña había sido sometida desde la llegada humana a sus orillas se intensificó entonces de forma alarmante. Treinta años más tarde, agotados los cachalotes, casi extintas las focas peleteras y amenazadas las tortugas, los pingüinos y las iguanas, los barcos (británicos y estadounidenses, sobre todo) se marcharon a esquilmar otras tierras y otras aguas. Las Galápagos se convirtieron desde entonces —especialmente a partir de la visita de Darwin en 1835— en objeto de estudio de los naturalistas y lugar de visita de innumerables misiones científicas. Y, desde 1832 (cuando Villamil tomó posesión de Floreana), en parte del territorio ecuatoriano.

Después de Darwin y el *Beagle*, la primera expedición científica que arribó a las Galápagos fue estadounidense y llegó en un buque de guerra, el *USS Hassler*, en 1872. Tras ella, y hasta la II Guerra Mundial, una treintena de expediciones (dos tercios de ellas estadounidenses y las otras, esencialmente británicas) las convirtieron en las ínsulas más estudiadas del planeta por los naturalistas. Mientras tanto comenzaron a llegar colonos ecuatorianos a las Galápagos, a trabajar prácticamente como esclavos para patrones despiadados.

Para finales del siglo XIX, la degradación de la naturaleza galapagueña era brutal. A los destrozos causados por los animales domésticos introducidos por el hombre se sumaba la depredación de los colonos, similar a la de los balleneros y cazadores. También se sumaban las misiones científicas, que saqueaban todo lo que podían para alimentar las hambrientas colecciones de los museos occidentales de historia natural.

En 1935 una expedición naturalista angloamericana dirigida por V. von Hagen desembarcó en isla San Cristóbal y erigió un monumento a la memoria de Darwin en el sitio donde había hecho escala un siglo antes. A su regreso, Von Hagen fundó el *London Galápagos Committee*, destinado a recoger fondos para el establecimiento de una estación científica en el archipiélago. Sería una de las numerosas iniciativas para proteger las islas. La II Guerra Mundial, lamentablemente, frustró muchos planes.

En 1954, I. Eibl-Eibesfeldt, un etólogo alemán del Instituto Max Planck, realizó un crucero científico a Galápagos. De regreso a Europa, el naturalista alertó a la recientemente creada Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) de la terrible

situación del archipiélago y, con su apoyo, obtuvo el patrocinio de la UNESCO para realizar una evaluación del estado del archipiélago (1957) y buscar un lugar en donde pudiera establecerse una estación científica. La presentación de su informe al XV Congreso Internacional de Zoología de 1958, describiendo una situación preocupante (y eligiendo isla Santa Cruz como enclave para la estación), resultó decisiva para el nacimiento del Parque Nacional Galápagos.

Un Parque que el gobierno de Ecuador creó el 20 de julio de 1959 y que cubre el 97% de la superficie terrestre de las islas, excluyendo solo 8 enclaves colonizados.

### ***Una estación científica y una biblioteca***

El 23 de julio de 1959 (año en el que se celebró el centenario de la publicación de *El Origen de las especies* de Darwin) se creó en Bruselas la Fundación Charles Darwin (FCD). Su misión es:

[...] cooperar con el gobierno ecuatoriano en la conservación de la fauna y de la flora de las islas Galápagos, en la tierra y en el mar, estableciendo una estación científica en el archipiélago para realizar investigaciones que le permitirán proporcionar a las autoridades competentes todos los datos necesarios para garantizar la conservación del suelo, de la fauna y de la flora, la protección de la vida salvaje, del entorno natural del archipiélago y del mar circundante.

V. van Straelen, inspirador del Parque Nacional Albert en el Congo (1925) y uno de los principales promotores del Parque Nacional Galápagos, fue el primer presidente de la FCD. En 1960, y en condiciones terribles, comenzaron los primeros trabajos de construcción de la Estación Científica Darwin a las afueras de Puerto Ayora. Recién el 20 de enero de 1964 pudo ser inaugurada oficialmente, tras incontables problemas y no pocos traspiés, en una ceremonia a la sombra de los cactus gigantes.

Desde entonces la Estación ha servido como base internacional para científicos que quieren realizar sus investigaciones en las islas, y como espacio en el cual recabar información que contribuya a la protección del archipiélago y sus habitantes. Además busca informar y educar a la población residente, la gran mayoría migrantes ecuatorianos (de hecho, ya en 1966 se lanzó el primer programa "Education for Conservation"). Alberga además los espacios de cultivo de plantas locales para repoblación (incluyendo, sí, los enormes cactus) y los de cría de animales en peligro: en 1965 comenzó el programa de cría de tortugas y en 1976, el de iguanas terrestres. Y en 2014 nació allí el primer pinzón de los manglares en cautividad.

Un espacio semejante necesitaba de una biblioteca que sirviera de depósito para el conocimiento generado y apoyara las investigaciones y actividades desarrolladas entre sus muros. Bautizada "Corley Smith" (en honor al británico G. T. Corley Smith, el mordaz "historiador" de la FCD), la biblioteca abrió sus puertas en 1979.

Esa es la biblioteca de la que he venido a ocuparme, el lugar desde donde escribo estas líneas. Una biblioteca llena de desafíos y oportunidades. Un pequeño reducto de libros

vecino al mar, rodeado de cactus, coladas volcánicas y plantas espinosas. E iguanas, y aves marinas. Y un puñado de tortugas.

### ***Referencias***

Bognoly, José A. (1905). *Las Islas Encantadas o el Archipiélago de Colón*. Guayaquil: Imp. y Lit. del Comercio.

FCD (1988). *FCD para las Islas Galápagos, presente y futuro*. Quito: FCD.

Hickmann, John (1985). *The Enchanted Islands: The Galápagos Discovered*. Oswestry: Anthony Nelson Limited.

Martínez Holguín, Nicolás Guillermo (1915). *Impresiones de un viaje al archipiélago de las Galápagos*. Quito: Talleres de Policía Nacional.

Rose, R. (1924). Man and the Galápagos. En Beebe, William (ed.). *Galápagos: World's End*. Nueva York, Londres: G. P. Putnam's Sons, pp. 332-417.

## De aislamientos, bibliotecas y pinzones

### Un bibliotecario en las Galápagos [03]

"Cada biólogo, una vez en la vida, debería hacer un peregrinaje a las Galápagos, donde nació uno de los más grandes éxitos de la ciencia".

[El ornitólogo francés Jean Dorst, en *Future scientific studies in the Galápagos Islands*, 1963].

Probablemente por estar ubicada en una estación científica emplazada en uno de los pocos rincones colonizables de un Parque Nacional (que es, a la vez, Reserva de la Biosfera de la UNESCO) a 1000 km de la tierra firme más cercana, la biblioteca de la Fundación Charles Darwin —esta que se asoma tímidamente al mar desde el borde sur de la isla Santa Cruz, en las Islas Galápagos— goza de cierto aislamiento. O lo padece.

Para llegar a su puerta es preciso abordar uno de los vuelos de Avianca o TAME que salen desde Guayaquil o Quito (tras superar toda la burocracia, los pagos y los minuciosos controles de equipaje de rigor) y cubrir, en poco más de dos horas, el millar de kilómetros hasta el aeropuerto ubicado en Baltra, una pequeña isla situada al norte de Santa Cruz.

[La historia de ese aeropuerto es curiosa: en 1942 el gobierno ecuatoriano permitió a Estados Unidos instalar una base militar en Baltra. "The Rock", como la llamaban los soldados, sirvió de lugar de aclimatación para las tropas que luego fueron a luchar al Pacífico sur. La base llegó a contar con 12.000 hombres: diez veces la población total del archipiélago en aquel momento. Un cambio de régimen político hizo que en 1944 Ecuador rechazase la oferta estadounidense de alquilar la isla por 99 años. En consecuencia, en 1946 la base militar fue desmantelada: todo lo que los inquilinos no pudieron llevarse, lo echaron al océano. Menos una pista de aviación asfaltada —el actual aeropuerto— y un muelle en aguas profundas].

Una vez llegados allí, es preciso atravesar en barco el canal de Itabaca, el brazo de agua que separa Baltra de Santa Cruz, cuya anchura en el punto de cruce es de 400 metros. Desde ese punto se aborda el autobús que hace el trayecto desde el extremo norte de la ínsula hasta el sur, en donde se ubica Puerto Ayora. Excepto dos enclaves colonizables (el propio Puerto Ayora y una zona agrícola cercana, en las tierras altas), todo el territorio santacruceño es parte del Parque Nacional Galápagos y, por ende, está protegido: no se puede entrar a esos terrenos si no es en compañía de un guía autorizado. Antaño el trayecto Baltra-Puerto Ayora se hacía en barco, pero luego se abrió una carretera de 40 km a través del Parque, la E5. Esta sube por las laderas del norte de la isla hasta las cimas pobladas de escalesias, pasa entre Los Gemelos (dos magníficas calderas volcánicas) y luego desciende, atravesando las tierras de cultivo de Bellavista, hasta finalizar su recorrido en Puerto Ayora, capital y puerto insular, recostado en las orillas de Academy Bay.

Puerto Ayora cuenta con un núcleo turístico vecino al mar y una serie de barriadas (más o menos estables, más o menos humildes) en donde viven los locales. Las viviendas ocupan ya la práctica totalidad del enclave colonizable, apretándose contra las vallas que lo separan del Parque Nacional. La Estación Científica Darwin se encuentra casi dos kilómetros al este del "centro" de Puerto Ayora, sobre las aguas del Pacífico. Allí está la biblioteca.

### ***Insularidad y evolución***

El aislamiento se mastica en las Galápagos. A la lógica insularidad se le suma la enorme distancia a tierra firme, la dependencia de los suministros que llegan del continente en barco (unos barcos que a veces se hunden en el trayecto), los límites del transporte, la relativa escasez de entretenimientos, lo irregular de las comunicaciones, y la dependencia del Ecuador continental en cuestiones de salud: cualquier emergencia médica sería debe ser evacuada en avión a Guayaquil. No son pocos los migrantes temporales que aprovechan cualquier oportunidad para tomarse periódicos "descansos" de ese forzado aislamiento físico; volando a Quito, por ejemplo.

Fue precisamente ese aislamiento lo que convirtió al archipiélago en un verdadero laboratorio natural, en el que la evolución puso en juego sus principios. Unos principios que Charles Darwin identificó cuando estudió, entre otras especies, los pinzones de las distintas islas y encontró que todos ellos, diferentes entre sí, derivaban de un ancestro común: cada uno había evolucionado de forma divergente, recluso en su propio

universo, adaptado a sus propias circunstancias. Lo mismo ocurrió con las tortugas gigantes. Y con las escalesias, esas plantas de la familia de las asteráceas —como las margaritas—, endémicas de las Galápagos y que pueden alcanzar la talla de enormes árboles selváticos.

Los pinzones —de los que realizó unos hermosos dibujos que incluyó en su *Journal of researches*— permitieron a Darwin entender que, gracias a la selección natural, habían sobrevivido aquellos cuyas variaciones genéticas les habían permitido acomodarse mejor a su particular entorno. La magia de estar lejos de todo, aislado de todo, es que uno tiene que ingeniárselas rápidamente para vivir con lo que tenga y adaptarse al medio y a las circunstancias lo mejor posible. O resignarse a desaparecer.

El principio resulta, de alguna forma, válido para una biblioteca, una entidad que, al fin y al cabo, no deja de comportarse como un organismo vivo en un "ecosistema de la información y el conocimiento". El aislamiento la convierte en un auténtico laboratorio de bibliotecología aplicada en el cual, en un constante proceso de investigación-acción, se buscan, encuentran y reformulan continuamente soluciones que permitan que la unidad de información cumpla su rol en su "nicho ecológico", se adapte a los cambios y condiciones adversas, y sobreviva.

Los procesos de investigación, de búsqueda, de improvisación creativa, de resistencia y de adaptación constante no son nuevos para las bibliotecas. Han sido puestos en práctica por casi todas ellas, en mayor o menor medida. Sin embargo, forzadas por las circunstancias, algunas los han convertido en su segunda piel: es el caso de muchas

bibliotecas rurales, populares y barriales latinoamericanas, en especial aquellas con menos recursos o que se desempeñan en áreas conflictivas. Es decir, aquellas que hacen frente a un fuerte aislamiento.

[Para las bibliotecas, el aislamiento no tiene por qué ser necesariamente geográfico. Hay muchos otros tipos: el social, el económico, el político, el étnico...].

En el caso de la biblioteca de la Estación Científica Darwin, el desafío es doble: proporcionar servicios de calidad a la sociedad galapagueña en general y, a la vez, a una comunidad de profesionales, conservacionistas y naturalistas ubicados en la vanguardia de la investigación en sus áreas de estudio particulares, con los limitados recursos y en las complicadas condiciones de aislamiento en las que subsiste una "biblioteca de frontera".

Para afrontar semejante reto, una buena planificación es esencial. En principio, una *asesoría informativa*, cuidadosamente diseñada y puesta en práctica, proporciona todos los datos necesarios sobre la realidad de la biblioteca: desde su estructura física y las características de su colección hasta su rol dentro de la institución, organización y/o sociedad a la que sirve, su visibilidad, su número de usuarios, las expectativas que existen sobre sus funciones, y la amplitud de su presupuesto.

La auditoría permite una aproximación honesta y sin ambages a las posibilidades de la biblioteca. Ante el reto de responder a unas necesidades y a unas expectativas determinadas por parte de los usuarios, y enfrentada a unos recursos generalmente

escasos o incluso difíciles de obtener, la biblioteca debe establecer unas prioridades muy claras, aguzar el ingenio y evaluar continuamente el camino elegido y las acciones emprendidas.

### ***Misiones, visiones, funciones...***

Los resultados de la auditoría permiten la producción de un *plan de trabajo* en el que se van planteando, de lo general a lo particular, todos los elementos que definen la actividad bibliotecaria.

Se parte de una *misión* (cuál es el rol de la biblioteca, qué hace), de una *visión* (qué es lo que quiere hacer en el futuro, hacia dónde se dirige) y de unos *valores* que componen, en conjunto, los cimientos bibliotecológicos. Sobre ellos se erigen las *funciones*. Y es aquí cuando los límites, las carencias y las escaseces que sufre la biblioteca entran en juego: si bien pueden definirse muchísimas funciones, solo podrán cumplirse las que los recursos disponibles (materiales, físicos, humanos, financieros) permitan. La biblioteca debe adaptarse si quiere sobrevivir. Y lo hace modificando —drásticamente, si es necesario— sus funciones y sus estructuras como los pinzones de Darwin hicieron con sus picos, hasta encontrar la combinación adecuada.

Los elementos anteriores permiten definir *objetivos* a corto, medio y largo plazo; los primeros suelen ser operacionales, los segundos responden a las diferentes funciones definidas, y los últimos, en general, buscan concretar la visión de la biblioteca. Los

objetivos se subdividen en *metas* organizadas sobre un *cronograma*, y en torno a estas se diseñan *actividades* que pueden agruparse en *servicios*. Todo esto, condimentado con la definición de *políticas, estrategias, lineamientos*, herramientas de *evaluación* y otros instrumentos.

El plan de trabajo tiene que revisarse periódicamente y, de ser necesario, debe ser corregido, mejorado o reorientado. La adaptación y la evolución no son procesos lineales: las respuestas a los desafíos no siempre son lógicas y directas, y el camino puede incluir muchos titubeos, muchas idas y vueltas, muchos errores de los que aprender, y algún que otro callejón sin salida. Pero, a la postre, la biblioteca irá encontrando su propio paso, comenzará a interactuar con otros habitantes de su ecosistema informativo, y podrá crecer, transformarse, reproducirse si cabe...

El aislamiento suele ser visto como una barrera y un serio impedimento. Pero, al mismo tiempo, obliga a buscar nuevas formas de acción, a aguzar el ingenio, a desplegar la imaginación, a buscar colaboraciones y ayudas, a renunciar a lo superfluo. Y también proporciona una campana de cristal que permite cierto retiro: un silencio y una soledad que a veces resultan más que necesarios.

Como todas las bibliotecas que se enfrentan a algún tipo de aislamiento, la de la Estación Científica Darwin —esta que está a dos kilómetros del centro de Puerto Ayora, al final de la carretera que empieza en Itabaca y se encarama a las cumbres de isla Santa Cruz— tiene un largo camino por delante. Afortunadamente, está rodeada de pruebas vivientes

de que es posible adaptarse con éxito a las circunstancias, por adversas que parezcan. Ahí están, para demostrarlo, los pinzones, las tortugas, los sinsontes, las escalesias...

### ***Referencias***

Darwin, Charles (1871). *Journal of Researches into the Natural History and Geology of the countries visited during the voyage of H.M.S. Beagle round the world. New edition.* Nueva York: D. Appleton and Company. | Traducción: Calpe.

Dorst, Jean (1963). Future scientific studies in the Galápagos Islands. *Galápagos Islands: A Unique Area for Scientific Investigation.* San Francisco: California Academy of Sciences, pp. 147-154.

## El mar que arrulla los manglares

### Un bibliotecario en las Galápagos [04]

"Nadie se sorprenderá de encontrar ahí tantos restos de barcos luego de haber observado las corrientes contrarias que remolinean en casi todos los estrechos del archipiélago".

[Herman Melville, en *The Encantadas*, 1856].

Se ha escrito mucho sobre las Galápagos. No solo se encuentran entre las ínsulas que más literatura científica han motivado: también han originado trabajos de ficción, libros de viajes, estupendos álbumes fotográficos, alguna que otra película... Mucho de lo primero y algo de lo último puede encontrarse en las estanterías de la biblioteca de la Estación Científica Darwin.

Probablemente por el hecho de ser islas, y porque el océano ha jugado y aún juega un rol esencial en su poblamiento —por seres vivos humanos y no humanos— y en el desarrollo de sus ecosistemas, buena parte de esos textos tienen que ver con el mar. Un mar que aterroriza a algunos, con sus corrientes traicioneras y sus muchos tiburones, y que para otros es una fuente de trabajo (incluyendo a los *pepineros*, los pescadores furtivos de holoturias) o ese espacio que hay que atravesar en barco para ir de una isla a la otra.

Hay obras que en sus páginas abordan los muchos avatares marítimos que jalonan la historia humana en el archipiélago: relatos de exploradores, corsarios, balleneros, náufragos, colonos... Desde la carta de Berlanga avisando del descubrimiento de aquellos islotes malhadados hasta *The Encantadas* de Melville, las memorias de Theodor Wolf, los numerosos cuadernos de bitácora, o el famoso libro de Beebe (*Galápagos: World's End*) que a principios del siglo pasado despertó el interés por el archipiélago entre muchos potenciales robinsones de Europa y los EE.UU.

Y, por otro lado, hay trabajos que recogen y difunden las investigaciones académicas centradas en la riquísima vida marina y costera. Un verdadero mosaico de diversidad biológica que incluso el observador peor dotado y más distraído se encontrará frente a frente si se asoma a la línea de costa.

Por ejemplo la que tengo a mis espaldas, aquí al sur de isla Santa Cruz: un sector de litoral en donde el mar golpea las piedras sobre las cuales los ejemplares jóvenes de iguana marina (que, al contrario de los adultos, tienen un color apagado, negro o gris oscuro) toman el sol.

### ***Habitantes del piso litoral***

El espacio que se extiende entre esa orilla que varía con las mareas y los 5 m sobre el nivel del mar se denomina, de acuerdo a la división que los biólogos y ecólogos han realizado en las islas, "piso litoral". Tal piso es árido, y su aspecto depende de la

resistencia al salitre de las plantas que lo habitan. Que son pocas y, como buenas halófilas, de follaje escaso y aspecto desolado.

La costa, en general, es rocosa: a pesar de lo que muestran los folletos turísticos, en las Galápagos los litorales arenosos suelen brillar por su ausencia. Las escasas playas de arena blanca están ubicadas al este o al sur de las islas (un ejemplo clásico, que aparece hasta la saciedad en los antedichos folletos, es Bahía Tortuga, aquí en isla Santa Cruz); formadas por restos de conchilla y de coral, son verdaderamente resplandecientes, pero también peligrosas debido al oleaje. Por su parte, las playas de arena orientadas al norte y al oeste están formadas por los restos de las rocas circundantes y, por ende, comparten su color: son rojas en isla Rábida, negras en Puerto Velasco Ibarra, e incluso tienen reflejos verdes (por el olivino molido) en otras zonas de isla Floreana.

Este último rasgo recuerda la referencia que hizo el español Tomás de Berlanga en su carta al rey Carlos I, sobre piedrecillas brillantes, como diamantes, y amarillentas, similares al ámbar, en la arena de la playa de la segunda isla que visitó. En una época en la que conquistadores y "descubridores" europeos no dejaban de buscar riquezas en cada rincón que pisaran, los brillos llamaron la atención del religioso. Sin embargo, no fue sino una falsa pista.

Si bien se trata de casos contados, en las costas galapagueñas se han formado cordones litorales que crean lagunas de agua marina. Las hay en Puerto Villamil (isla Isabela), isla Rábida o Punta Cormorán (isla Floreana), pero probablemente la laguna litoral más conocida del archipiélago es la que se encuentra en el llamado "Barrio de los Alemanes":

un enclave de antiguos pioneros europeos ubicado a las afueras de Puerto Ayora, en isla Santa Cruz, al cual se puede llegar únicamente en barco.

A pesar de verse forzada a soportar un embate turístico cada vez mayor, la laguna no deja de ser una maravilla. En el fondo pueden verse holoturias, y la surcan alucinantes cardúmenes de rayas doradas (*Rhinoptera steindachneri*), los agresivos tiburones de las Galápagos (*Carcharhinus galapagensis*) y alguna que otra tortuga marina. En las orillas se despliegan los mangles rojos (*Rhizophora racemosa*) y blancos (*Laguncularia racemosa*), dos de las cuatro especies de mangles que crecen en las islas. Esos árboles sujetan la arena con sus raíces, que parecen patas largas y flexibles, y producen unas semillas enormes, que flotan como corchos y hacen que la población expanda su territorio.

Sobre algunos arenales junto a la laguna se despliega una herbácea endémica de color rojizo (*Sesuvium edmonstonei*) que tapiza el suelo (de hecho, en inglés se llama *Galápagos carpet weed*) y sobre la que se refugian los ostreros (*Haematopus palliatus*). Junto a ellos están las garzas enanas de las Galápagos (*Butorides sundevalli*), de color plumizo, y las grandes garzas azuladas o cenizas (*Ardea herodias*), que conviven con las iguanas marinas (*Amblyrhynchus cristatus*) y siete especies de lagarto del género *Tropidurus*, reptiles todos endémicos del archipiélago.

## ***Pelos y plumas***

En el litoral también viven los leones marinos de Galápagos (*Zalophus wolfebaeki*), la variedad más pequeña de león marino. Antaño objeto de una caza sistemática, hoy son una de las especies más abundantes de las islas, la más sociable y juguetona y, por ende, una de las más fotografiadas. El ladrido del macho en celo —un estado en el cual el animal es mucho más peligroso que un tiburón— es un sonido típico de las Galápagos.

Pero el piso litoral es, sobre todo, el reino de las aves marinas: se calcula que en las islas vive casi un millón de ellas, temporal o permanentemente.

Aquí se ubica el 30% de la población mundial de piqueros patiazules (*Sula nebouxii*), en especial en la colonia de Punta Suárez, en isla Española. También están las fragatas reales o rabihorcados magníficos (*Fregata magnificens*) y las fragatas comunes (*Fregata minor*), remontando los vientos con sus características siluetas negras. Y los pelícanos pardos (*Pelecanus occidentalis*), a veces esperando algo de comida —junto a los leones marinos— en el "Mercado de pescado" de Puerto Ayora, en donde se han convertido en una verdadera atracción turística. Sobre ellos vuelan los rabijuncos etéreos (*Phaethon aethrus*, una de las primeras aves americanas identificadas por los europeos), las gaviotas de las Galápagos (*Creagrus furcatus*) o gaviotas tijeretas (por sus colas bifurcadas), los piqueros enmascarados (*Sula dactylatra*), las gaviotas negruzcas (*Larus fuliginosus*) y muchos, muchos más...

En islas como las Galápagos, el mar es un elemento fundamental en el desarrollo de la vida. La de los seres humanos y la de esa fauna y esa flora a la que es imposible no referirse cuando se habla del archipiélago. No es de extrañar, pues, el rol preponderante que la literatura galapagueña concede al océano. Ese mar que, con su rítmico vaivén, arrulla los manglares.

### ***Referencias***

Beebe, William (1924) (ed.). *Galapagos: World's End*. Nueva York, Londres: G. P. Putnam's Sons.

Galapagos Conservancy (s.f.). *Sea and Shore Birds*.  
[https://www.galapagos.org/about\\_galapagos/about-galapagos/biodiversity/sea-birds/](https://www.galapagos.org/about_galapagos/about-galapagos/biodiversity/sea-birds/)

Grenier, Christophe (2007). *Conservación contra natura. Las islas Galápagos*. Lima: IFEA.

Melville, Herman (1856). *The Piazza Tales*. Nueva York: Dix & Edwards.

## De garúas y sequías

### Un bibliotecario en las Galápagos [05]

"En las Galápagos, el tiempo ... es tema de conversación. Basta con que un fuerte aguacero caiga más temprano que de costumbre, hacia noviembre, para que todo el mundo tema un año con fenómeno de El Niño, o que en enero el océano esté aún frío, según los criterios locales, y no se hayan visto verdaderas lluvias a finales del mes, para que los granjeros se inquieten por sus reservas de agua".

[Christophe Grenier, en *Conservación contra natura. Las islas Galápagos*, 2007].

Es imposible estar en Galápagos y no hablar de la vida silvestre. O, como indica Grenier en la cita anterior, del tiempo. De modo que, por muy bibliotecario que este blog pretenda ser, no me queda más remedio que adaptarme a las circunstancias que me rodean. "Donde fueres, haz lo que vieres". Y, si en la entrada anterior hablé de mares, manglares y gaviotas, en esta toca hablar de nubes y de aguas. O de su ausencia.

Como ocurre en otras partes de América del Sur, en las Galápagos hay dos estaciones: la húmeda (en la cual estamos ahora, hasta junio) y la seca. Durante la primera el clima es caluroso y, de vez en cuando, llueve torrencialmente. Durante la segunda, las temperaturas se moderan —sin llegar a ser frías— y comienza lo que se llama "el tiempo de garúa": un periodo de días grises y lloviznas leves. El esquema puede torcerse algún

año en el que se produzca ese fenómeno conocido como "El Niño", que afecta el litoral pacífico sudamericano. Pero, en líneas generales, es bastante regular.

Dada la porosidad del terreno (de naturaleza volcánica), el agua que cae y que no es absorbida por la vegetación se filtra muy rápidamente. Por ende, no hay corrientes de agua dulce permanentes en las islas. Tampoco lagunas: la única relativamente significativa del archipiélago se encuentra en isla San Cristóbal. "El Junco", que así se llama, se encuentra en el cráter de un viejo volcán apagado, y no proporciona agua potable a la población local (aunque fue utilizada como reservorio durante la II Guerra Mundial por las tropas estadounidense asentadas en isla Baltra).

Ubicadas en lo que algunos geógrafos llaman "la Polinesia seca", las Galápagos son, por naturaleza, islas áridas.

### ***Fuentes y botellas***

La aridez del archipiélago es problemática: sobra decir que la población (humana) local necesita agua dulce para subsistir. Pero las fuentes son escasas, las insignificantes capas freáticas (el subsuelo volcánico complica su formación) suelen estar "contaminadas" por el agua de mar, y los reservorios silvestres —estanques y charcos que se forman tras las lluvias de la estación húmeda, especialmente en las tierras altas— solo valen para dar de beber a la fauna local. Incluyendo a las tortugas, que solían trazar una compleja serie de caminos entre sus refugios en la costa y sus bebederos en las colinas.

Puerto Velasco Ibarra (isla Floreana) se provee de agua gracias a una de las pocas fuentes inventariadas en las islas, en el cerro conocido como Asilo de la Paz, aunque también hay varios manantiales en torno al cerro Pajas. La existencia de esos manantiales ya era conocida en tiempo de los corsarios y bucaneros ingleses, que hicieron buen uso de ellos.

Por su parte, Puerto Ayora (isla Santa Cruz) y Puerto Villamil (isla Isabela) proveen agua a su población extrayéndola con bombas de grietas naturales. Dado que esas grietas han sido invadidas por el mar, el líquido es salobre y, por ende, cada vez menos adecuado para el uso doméstico. A ello hay que sumarle la contaminación debida a los muchísimos pozos ciegos, que en el pasado ha provocado incluso algunos problemas sanitarios.

En la actualidad se están tomando buenas medidas para garantizar un suministro doméstico estable. Mientras tanto, los habitantes de los principales núcleos urbanos galapagueños consumimos agua embotellada, traída desde el continente en barco. Grandes garrafas o botellas pequeñas, que generan toneladas de plástico a reciclar, y que alimentan uno de los negocios más rentables de las islas después del turismo y el combustible.

Hablar del tiempo en un territorio como las Galápagos implica, sobre todo, hablar de la llegada de las esperadas lluvias de la estación húmeda, que rieguen las cosechas, refresquen el ambiente...

Poca gente se dedica, pues, a hablar de la garúa.

La garúa es una capa de neblina que se estanca en las alturas de las islas más elevadas durante la estación seca y ocasiona una llovizna tenue. Una llovizna que no provee de agua ni a las cumbres ni a las costas, en donde están las principales poblaciones. Permite a la vegetación de las áreas intermedias abastecerse de un líquido que no podría obtener de ninguna otra forma, sí, pero para los moradores isleños el dato parece resultar bastante irrelevante.

Además de no dejar una cantidad de agua sustancial, el tiempo de garúa sume a las islas en una suerte de penumbra: hay pocas horas de sol, y todos los paisajes insulares presentan un uniforme tono grisáceo. El mar, también gris, suele estar agitado por los vientos alisios, que en esa época se deciden a soplar con toda su fuerza, y las olas revientan contra las rocas de la costa en un espectáculo desolador. La temperatura baja a 20º y los galapageños deciden ponerse un jersey, lo cual aumenta la sensación de "frío". Un frío que en realidad no lo es.

Es un periodo en el que domina una sensación de tristeza, de abandono, de desconsuelo, incluso de cierta hostilidad por parte de una naturaleza que, por muy ecuatorial que sea, no muestra sus mejores galas. Los tours turísticos prefieren evitar esa época del año para no provocar demasiadas decepciones entre visitantes que pagan verdaderas fortunas para disfrutar del sol en un crucero.

## **Retornos**

Pero no todo iba a ser negativo. Durante el tiempo de garúa —curiosamente— retornan a las islas algunas aves marinas migratorias.

Entre ellas se cuenta el magnífico albatros ondulado o de las Galápagos (*Phoebastria irrorata*), enorme e intrépido viajero de los océanos que vuelve al rocoso litoral isleño desde las costas peruanas y ecuatorianas. Es el único de su familia (*Diomedidae*) que habita en los trópicos; en serio peligro de extinción, cría solamente en la isla Española, entre coladas de lava, por lo cual su llegada es siempre una buena noticia.

A pesar de poder ir a cualquier sitio —la amplitud de sus alas se lo permitiría sin dificultad alguna—, el albatros vuelve a estas islas apagadas y encuentra refugio entre rompientes grisáceos, olas de piedra negra y una fina garúa... Los biólogos hablan de corrientes marinas ricas en nutrientes en esa época del año; los literatos, de un ser vivo amante de las soledades más apagadas y melancólicas de los Mares del Sur.

Como señalé al principio, es imposible estar en Galápagos y no hablar del tiempo. O de la vida silvestre. O de ambos: por ejemplo, dicen los locales que si en Academy Bay, aquí en Puerto Ayora, los piqueros y los leones marinos todavía son numerosos a comienzos de año, es indicio de que éste será seco...

Tendré, pues, que ir acostumbrándome a sumar esos elementos a mi rutina cotidiana. Y a mi escritura.

## ***Referencias***

Colinvaux, Paul (1984). The Galápagos Climate: Present and Past. En Perry, Roger (ed.). *Key Environments: Galápagos*. Oxford: Pergamon Press, pp. 55-70.

Galapagos Conservancy (s.f.). *Sea and Shore Birds*.  
[https://www.galapagos.org/about\\_galapagos/about-galapagos/biodiversity/sea-birds/](https://www.galapagos.org/about_galapagos/about-galapagos/biodiversity/sea-birds/)

Grenier, Christophe (2007). *Conservación contra natura. Las islas Galápagos*. Lima: IFEA.

## **Isla de fuego, isla de fuera**

### **Un bibliotecario en las Galápagos (VII)**

Las islas Galápagos aparecen señaladas por primera vez sobre un soporte físico en un mapamundi de 1564 conocido como *Typus Orbis Terrarum* —del cual se conserva una copia reducida de 1570 en Basilea—, del cartógrafo y geógrafo flamenco Abraham Ortelius. Allí aparecen como "Ye. de los galopegos", es decir, "Islas de las tortugas".

Aparecen también en el célebre *Theatrum Orbis Terrarum* (1570), el que se considera el primer atlas moderno, donde figuran como "Ins. de los galepegos" e "Ins. de los galopegos".

Pero fueron conocidas mucho antes. O, al menos, eso dice la leyenda.

Pedro Sarmiento de Gamboa trató el asunto en la *Historia de los Incas* (*Historia Índica* II, 1572).

Andando Topa Inga Yupanqui conquistando la costa de Manta y la isla de la Puna y Túmbez [actual Ecuador], aportaron allí unos mercaderes que habían venido por la mar de hacia el poniente en balsas, navegando a la vela. De los cuales se informó de la tierra de dónde venían, que eran unas islas, llamadas una Auachumbi y otra Niñachumbe, adonde había mucha gente y oro. Y como Topa Inga era de ánimos y pensamientos altos y no se contentaba con lo que en tierra

había conquistado, determinó tentar la feliz ventura que le ayudaba por la mar. Mas no se creyó así ligeramente de los mercaderes navegantes, ca decía él que de mercaderes no se debían los cápac así de la primera vez creer, porque es gente que habla mucho. Y para hacer más información, y como no era negocio que dondequiera se podía informar de él, llamó a un hombre que traía consigo en las conquistas, llamado Antarqui, el cual todos estos afirman que era grande nigromántico, tanto que volaba por los aires. Al cual preguntó Topa Inga si lo que los mercaderes marinos decían de las islas era verdad. Antarqui le respondió, después de haberlo pensado bien, que era verdad lo que decían, y que él iría primero allá. Y así dicen que fue por sus artes, y tanteó el camino y vido las islas, gente y riquezas dellas, y tornando dio certidumbre de todo a Topa Inga.

El cual, con esta certeza, se determinó ir allá. Y para esto hizo una numerosísima cantidad de balsas, en que embarcó más de veinte mil soldados escogidos.

Navegó Topa Inga y fue y descubrió las islas Auachumbi y Ninachumbi, y volvió de allá, de donde trajo gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijadas de caballo; los cuales trofeos se guardaron en la fortaleza del Cuzco hasta el tiempo de los españoles. Este pellejo y quijada de caballo guardaba un inga principal, que hoy vive y dio esta relación, y al ratificarse los demás se halló presente, y llámase Urco Guaranga.

Hahuachumbi ("cinturón exterior" o "isla de fuera") y Ninachumbi ("cinturón" o "isla de fuego") aparecen también en los relatos de Miguel Cabello Balboa (*Miscelánea*

*Antártica*, ca. 1586) y del mercedario Martín de Murúa (*Historia general del Perú*, ca. 1616). El primero apunta, en su capítulo XVII:

...y allanando y sugetando aquellas no domadas naciones, pudo llegar al valle de Xipixapa, y de allí a Apeloque, y tuvo noticia el Topa Ynga como muy cerca de allí abía buen puerto para poder sulcar, y ver si en la mar auía alguna empresa en que poder ganar con el Mundo nombre y reputación, y auiendo consultado con sus mayores su deliberación, y intento, se puso en camino con sus esquadrones (ya casi inumerables) y se aposentó en Manta, y en Charapoto, y en Piquaza, porque en menos espacio no podía alojarse ni sustentarse tanta multitud de naciones como tras si traía. En este lugar fue donde la primera vez el Rey Topa Ynga vido el Mar, al qual como lo descubriese de un alto hizo una muy profunda adoración, y le llamó Mamacocha, que quiere decir madre de las lagunas, y hizo apercebir gran cantidad de las embarcaciones que los naturales usavan (que son ciertos palos liuianos notablemente) y atando fuertemente unos con otros, y haciendo en cima cierto tablado de cañizos tegidos, es muy segura y acomodada embarcación; a las quales nosotros auemos llamado balsas. Pues auiendose juntado de estas la acopia que pareció bastante para la gente que consigo determinaua llevar, tomando de los naturales de aquellas costas los pilotos de más experiencia que pudo hallar, se metió en el mar con el mismo brío y ánimo que si desde su nacimiento hubiera experimentado sus fortunas, y truecos. De este viage se alejó de tierras más que se puede fácilmente creer, mas cierto afirman los que sus cosas de este valeroso Ynga cuentan, que de este camino se detuvo por la mar duración y espacio de un año, y dicen más que descubrió

ciertas Yslas, a quien llamaron Hagua Chumbi y Nina Chumbi. Que Yslas estas sean en el mar del Sur (en cuya costa el Ynga se embarcó) no lo osaré determinadamente afirmar, ni que tierra sea la que pueda presumirse ser hallada en esta nauegación. Las relaciones que de este viage nos dan los antiguos son que trujo de allá Yndios prisioneros de color negra, y mucho oro y plata, y más una silla de latón, y cueros de animales como cauallos...

El segundo lo hace en su capítulo XXV:

En esta ocasión dicen algunos indios antiguos que se embarcó en la mar en unas balsas en la isla de Puna y fue a Manta, y desde allí anduvo un año por la mar y llegó a las islas llamadas Hahua Chumpi y Nina Chumpi y las conquistó, y de allí trajo, para ostentación de su triunfo, una gente como negros, y grandísima cantidad de oro y una silla de latón. Trajo cueros de caballo y cabezas y huesos, todo para mostrarlo acá, que fue costumbre antigua entre estos ingas traer de todas las cosas vistosas y que podían causar admiración y espanto al Cuzco, para que las vieses y engrandeciesen sus hazañas y para memoria de las cosas que había en las demás provincias apartadas. Todos estos trofeos se entiende quemaron después Quesques y Chalco Chuma, capitanes de Atahualpa, cuando tomaron al Cuzco, haciendo preso a Huascar Inga. Allí quemaron el cuerpo de este Tupa Ynga Yupanqui, porque no se halló memoria de todas estas cosas cuando vinieron los españoles.

Otros dicen que esta conquista de estas tierras y islas la hizo Tupa Ynga Yupanqui en vida de su padre Ynga Yupanqui, cuando fue a Quito y lo conquistó con sus hermanos. Entrambas opiniones se pueden tener, pues no va mucho en que haya sido en un tiempo o en otro.

Destas islas que conquistó Tupa Ynga Yupanqui en la mar el día de hoy no hay noticia ninguna cierta, más de la confusa de los que dicen que hay islas con gente algo amulatada, y otros indios antiguos, que refieren que en tiempos pasados de los ingas venían a la costa de este reino por diversas partes, en unas canoas o balsas muy grandes, indios de ciertas islas, a rescatar oro y perlas y caracoles grandes, muy ricos y vestidos de algodón. Esto ha cesado del todo...

Algunos investigadores, conocedores de las muchas leyendas polinésicas sobre navegantes de orejas largas llegados del este, asumen que el viaje fue real y que llegó a Rapa Nui o a otras islas.

Solo unos pocos siguen manteniendo la loca teoría de que las islas visitadas por Tupaq Yupanki, máximo regente del *Tawantinsuyu* o "Imperio Inca", pudieron ser las Galápagos.

## ***Referencias***

Bognoly, José A. (1905). *Las Islas Encantadas o el Archipiélago de Colón*. Guayaquil: Imp. Y Lit. del Comercio.

## **Tiranos en las Galápagos**

### **Un bibliotecario en las Galápagos (VIII)**

Tras el abandono de la primera empresa colonizadora ecuatoriana de las Galápagos, iniciada por el general José de Villamil en 1831 y finalizada en 1837 por las numerosas deudas asumidas, la única isla ocupada hasta entonces, Floreana, quedó a cargo de un inglés que acompañaba a Villamil. Williams, que así se apellidaba el fulano, fue el primer tirano del archipiélago. Lamentablemente, no sería el único.

Williams consideró que la isla era como su propiedad privada, y en ella reinó apoyándose en una guardia de marineros extranjeros, mercenarios contratados en los balleneros que pasaban por la zona. El británico instauró la caza sistemática de tortugas para la venta de la carne a los balleneros: tanto visitantes como colonos las juzgaban más sabrosas que el ganado, de forma que los pesados reptiles prácticamente acabaron por desaparecer, en lo que sería la primera crisis ecológica de origen humano del archipiélago.

En 1841 los colonos se rebelaron y, tras echar a Williams, la mayoría regresó al continente. De los 300 habitantes que había hacia 1837, solo quedan 25 en 1849, y en 1851, no más de una docena.

\*\*\*

En 1870, el español Valdizán compró la "Empresa Industrial Orchillana" a comerciantes de Guayaquil, que habían explotado la orchilla en las islas pero sin establecerse allí ni pagar impuestos, algo terriblemente inconveniente para el Estado. El gobierno ecuatoriano le encarga la tarea de establecerse en Floreana y colonizarla... otra vez.

La mano de obra de la hacienda de Valdizán la compusieron pobres *huasipungueros* de las grandes propiedades de la Sierra, y presos por deudas. Ninguno de ellos tenía derecho a nada, ni siquiera a una parcela, y estaban vigilados por guardias armados ingleses. A diferencia de la vez anterior, en esta ocasión la colonia contó con un velero que llevaba la orchilla y el aceite de tortuga a Guayaquil y proveía a los habitantes de Floreana de los bienes necesarios. Pero los viajes eran irregulares, el velero era pequeño... Hastiados, los colonos se rebelaron en 1878 y asesinaron a Valdizán, volviendo al continente.

Algunos, sin embargo, se unieron a familias que desde 1876 se habían asentado en la isla San Cristóbal, en donde Manuel Cobos (uno de los comerciantes a los que Valdizán compró la "Orchillana") había establecido un núcleo de poblamiento con miras a una colonización, que terminó lanzando en 1879.

En 1880, cuando el buque de guerra británico *Triumph* visitó Floreana, la encontró desierta.

\*\*\*

En 1879 comenzó oficialmente la colonización de isla San Cristóbal. Concretamente, en la hacienda "El Progreso", de Manuel Cobos. El comerciante ya no buscaba exportar orchilla —para entonces se habían descubierto colorantes sintéticos mucho más rentables— sino azúcar, café, cuero, aceite de tortuga y pescado seco.

En San Cristóbal se instaló un ingenio a vapor, llevado allí desde Glasgow y operado por un ingeniero inglés, que producía 20.000 quintales de azúcar por año, y alcohol de caña. Se plantaron 100 hectáreas de cafetales, y se cazaron todos aquellos animales que pudieran producir aceite (tortugas, lobos marinos, iguanas) para el alumbrado de Guayaquil y otras ciudades de la costa. Incluso antes de que las tortugas de San Cristóbal desapareciesen casi por completo, Cobos mandó a buscar animales a las islas vecinas, especialmente a Isabela, en donde también hizo recoger azufre del volcán Sierra Negra.

Los bosques de San Cristóbal, que para 1880 (según fotos) contaban con hermosos árboles, fueron arrasados para construir cabañas, caminos e incluso un muelle en la antigua Wreck Bay, rebautizada como Puerto Chico. Cobos contaba con varios barcos que le permitían dar salida a su producción y abastecerse en Guayaquil.

Para la mano de obra vació las prisiones de la provincia del Guayas. San Cristóbal era una propiedad privada en donde se explotaba todo, incluyendo a la gente. En el centro estaba la casa del amo, rodeado de una guardia armada de ex-presidarios que le debían todo. Alrededor, las chozas de los trabajadores. Los castigos eran terribles para quienes infringiesen reglas, mostrasen "mala voluntad" o no lograsen la cuota de producción: desde latigazos y garrotazos a la muerte o el destierro "caritativo" (a islas con agua,

como Santa Cruz) o "definitivo" (a islas en donde se creía que no la había, como Santiago).

Los hombres trabajaban 18 horas por día y libraban tres medios días al año, cuando aprovechaban para emborracharse y pelearse, especialmente por las escasas mujeres. El sueldo era en una moneda que solo podía usarse en la hacienda de Cobos, a sus precios. Nadie podía escapar y volver al continente.

Como era de esperar, en 1904 los peones se sublevaron y mataron a Cobos. También asesinaron al Jefe Territorial, cómplice de Cobos.

\*\*\*

En 1893, Antonio Gil, intendente de Guayaquil, intentó crear una empresa de curtiembres en Floreana, pero había poca mano de obra disponible y el ganado no era tan numeroso como para sustentar el emprendimiento.

Cuando en 1897 el gobierno ecuatoriano autorizó el reclutamiento forzado de desempleados, Gil se lanzó a colonizar la isla Isabela, donde abundaba el ganado salvaje (transferido allí por Villamil) y las tortugas. Como su cargo le otorgaba poder y jurisdicción sobre las Galápagos (para entonces parte del territorio de Guayas), hizo redadas en las calles de Guayaquil y deportó gente, fundando Puerto Villamil (hasta hoy capital de la isla) y la hacienda "Tomás de Berlanga": una hacienda ubicada en los flancos

del volcán Sierra Negra, cerca de los pastizales donde se alimentaba el ganado cimarrón y de los bebederos de las tortugas.

La pequeña colonia era propiedad de la familia Gil, que aplicaban leyes menos duras que las de San Cristóbal. Los colonos trabajaban gratuitamente, pero tenían derecho a explotar una parcela propia. La naturaleza era saqueada sin miramientos: eran miles los caparazones de tortuga que flanqueaban el camino a casa del patrón. Los aceiteros (los peones encargados de extraer aceite) cazaban por igual tortugas, focas y lobos marinos, cuyas pieles se vendían. El ganado era sacrificado únicamente por el cuero, dejando los cadáveres pudriéndose en el sitio.

Cuando un destacamento militar se instaló en Puerto Villamil en 1928, los peones se rebelaron y trataron de impugnar la autoridad de los Gil sobre la isla. Recién en 1935 el jefe del destacamento prohibió capturar ganado cimarrón sin autorización previa. Atacado en su base, el sistema de los Gil se desmoronó. Todos los colonos (familia Gil incluida) acabaron repartiéndose las tierras, terminando así la historia del último tirano de las Galápagos.

Aunque no la historia de las penurias en las islas.

## **Islas de piratas**

### **Un bibliotecario en las Galápagos (IX)**

Durante mucho tiempo los colonizadores españoles de América del sur llamaron a las Galápagos "islas Encantadas". Dado que eran muy difíciles de ubicar sobre sus cartas de navegación, consideraron que las ínsulas estaban bajo la influencia de alguna suerte de hechizo.

Así lo reflejó un filibustero inglés, Howell Davis, en su cuaderno de navegación, tras atacar tres navíos españoles a la altura de Túmbez en 1684.

Teniendo más de cien prisioneros a bordo, no sabiendo dónde obtener agua ni encontrar un lugar seguro, decidimos dirigirnos hacia el oeste a fin de ver si podíamos alcanzar esas islas llamadas Galápagos. Esto hizo reír mucho a los españoles, que nos dijeron que eran islas encantadas, que se trataban de islas fantasmas, y no reales.

Su mala reputación entre los hispanos hizo que los piratas desembarcasen en ellas en marzo de 1684 y las tomaran como base de operaciones. Al parecer establecieron campamentos en la actual Santa María, y almacenes al norte de Santa Cruz.

\*\*\*

El capitán británico William Dampier, apodado "el pirata naturalista", describió el archipiélago como islas cubiertas de lava pobladas de aves tan poco ariscas que se posaban en los hombros de sus hombres. Apuntó:

Hay agua en estas islas desoladas, en agujeros y en charcos entre las rocas. Las grandes islas del oeste ... producen grandes árboles de troncos esbelto[s]; en estas islas se encuentran hermosos ríos.

Dampier debió llegar al archipiélago en la estación húmeda de un año con Niño: el agua, de hecho, nunca fue ni de lejos tan abundante. De ello dejó constancia otro bucanero, Rogers, cuando hizo escala en las Galápagos un mes de mayo, al inicio de la estación seca:

Se reporta que la isla de Santa María de l'Aquada [actual Floreana] es una de las Galápagos en donde se encuentra cantidad de agua dulce, madera, tortugas de mar y de tierra, y que es un fondeadero seguro. Es probable que esta isla exista, puesto que un cierto capitán Davis, un inglés que pirateaba en estos mares hace una veintena de años, se quedó allí varios meses y se mostraba muy satisfecho. Dice que había árboles adecuados para hacer mástiles. Pero esa gente y aquellos con los que he conversado o cuyos diarios de viaje he leído dan informaciones completamente falsas sobre estas islas, ya que están tan alejadas que no se puede desmentir lo que de ellas cuentan y atrapan así a los crédulos, de los que yo hacía parte hasta que vi, finalmente, que no es posible conceder el menor crédito a sus afirmaciones.

El filibustero inglés William A. Cowley trazó el primer mapa del archipiélago (el mejor hasta el de Fitzroy, siglo y medio después) durante su vuelta al mundo, y lo publicó en 1684. Su colega Howell Davis —al que hacía referencia Rogers— visitó las Galápagos en 1685 y 1687, consolidando con ello la fama de "puerto de piratas".

\*\*\*

William Dampier pasó tres meses en las Galápagos alimentándose de tortugas.

Las tortugas terrestres son tan numerosas que quinientos o seiscientos hombres podrían alimentarse de ellas durante meses, sin otras provisiones: son extraordinariamente grandes y gordas, y tan suaves al paladar que ningún pollo se les compara. Cada mañana enviábamos a tierra al cocinero, quien mataba tantas tortugas cuantas necesitábamos para el día.

En 1813, el estadounidense Porter, atacando balleneros ingleses en Galápagos, escribió:

Los navíos en campaña ballenera en estas islas generalmente cargan a bordo 200 o 300 de estos animales y los almacenan en la cala, donde, por extraño que parezca, pueden vivir durante un año sin comer ni beber y cuando se los mata después de este periodo, el sabor de su carne resulta grandemente mejorado.

Cuando no estaban destinadas a los barcos, las tortugas eran vendidas, por su aceite y por su carne, en San Francisco en los años 1850, y durante mucho más tiempo en Guayaquil y en las costas de Perú.

Las tortugas se convirtieron, así, en un símbolo del archipiélago. Muy a su pesar.

\*\*\*

En 1708, un grupo de comerciantes de Bristol (Reino Unido) armó dos navíos, *Duke* y *Duchess*, para navegar bajo patente de corso en el océano Pacífico. Se los confió al capitán Woodes Rogers, que fue acompañado por William Dampier en el que sería su último viaje por los Mares del Sur.

Los barcos superaron el Cabo de Hornos y al hacer escala en la isla de Juan Fernández en febrero de 1709 encontraron a "un hombre vestido con piel de cabra, que tenía un aspecto más salvaje que los propietarios originales de esa vestimenta". Era Alexander Selkirk, en cuya historia se basó la novela *Robinson Crusoe* (escrita por Daniel Defoe, amigo de Rogers). Selkirk había sido abandonado allí en septiembre de 1704, tras una discusión con el capitán del navío en el que navegaba, el *Cinque Ports*.

Rogers lo embarcó, pues Dampier conocía sus cualidades como marino: no en vano Dampier había sido capitán del *St George*, el compañero del *Cinque Ports*.

Todos juntos atacaron el puerto de Guayaquil en mayo de 1709. Los corsarios se refugiaron en Galápagos con rehenes, cuatro barcos españoles (uno de ellos, el *Increase*, confiado a Selkirk) y el botín. Las islas eran un lugar ideal: estaban ubicadas frente a una costa mal defendida y llena de riquezas (o, al menos, de galeones que las transportaban de Perú a Panamá), y eran temidas por los españoles, que seguían creyéndolas poco menos que embrujadas.

Se dice que Rogers enterró su parte de botín de aquel asalto a Guayaquil en isla James, actual Santiago.

Y que allí sigue.

### ***Referencias***

Hickmann, John (1985). *The Enchanted Islands: The Galapagos Discovered*. Oswestry: Anthony Nelson Limited.

Rose, R. (1924). Man and the Galápagos. En Beebe, William (ed.). *Galapagos: World's End*. Nueva York, Londres: G. P. Putnam's Sons, pp. 332-417.

## **Pepineros**

### **Un bibliotecario en las Galápagos (X)**

En las islas Galápagos, la captura de holoturias o "pepinos de mar" fue, hasta tiempos recientes, una excelente fuente de ingresos para muchos pescadores locales, especialmente en la mitad oeste del archipiélago, allí donde se encuentran las mayores reservas de esos equinodermos.

La actividad tuvo como epicentro la isla Isabela. A principios de la década de los 90' la ayuda social y económica provista por el Estado en esa zona colapsó. La pesca artesanal, la principal fuente de ingresos para los locales, fue hundida por el Pacto Andino. Y la langosta, el producto estrella, fue sobreexplotada. En semejante escenario de falta de oportunidades y carencias, algunos intermediarios de Guayaquil vinculados con comerciantes asiáticos propusieron, en 1992, la captura, secado y comercialización de holoturias.

Los ingresos que proporcionaba esa actividad eran muy superiores a los que daría cualquier otra en las Galápagos. Y se trataba de una pesca fácil. Había que tener suerte para atrapar un tiburón o una langosta. Pero las holoturias yacían en el fondo del mar.

Casi inmóviles. Como piedras.

\*\*\*

Las holoturias son organismos esenciales dentro de los ecosistemas marinos: los adultos reciclan la materia orgánica depositada en el fondo, mientras que las larvas son importantes dentro de la cadena trófica, como parte del zooplancton.

Teniendo en cuenta semejante rol biológico, y debido también a que el archipiélago se encuentra protegido no solo por un Parque Nacional, sino también por una Reserva Marina, las autoridades competentes prohibieron la captura de holoturias en las Galápagos. La medida no detuvo a los "pepineros", los cazadores de pepinos de mar: solamente los convirtió en furtivos. Pues los compradores seguían adquiriendo el producto, y pagando muy bien por él.

Los pepineros utilizaban buzos para recoger los animales a unos pocos metros de profundidad. Llegaban a juntar cientos de ellos en un mismo sitio.

Luego se instalaban en algún manglar de isla Fernandina para esconderse de las posibles patrullas del Servicio del Parque Nacional Galápagos. Esos campamentos improvisados reunían a varias decenas de personas durante semanas, en unas condiciones deplorables, especialmente en lo que a higiene se refería. Allí aprovechaban para dormir sobre una superficie sólida e inmóvil (a diferencia de los barcos) y podían descansar.

Y allí podían ahumar los pepinos, usando la madera proporcionada por los mangles.

La especie de pinzón endémica que vive en el manglar vio su hábitat destruido. Las semillas de las frutas y verduras que los pepineros comían germinaban y se convertían

en plantas invasoras. Además, los alimentos llevaban parásitos (como avispas y cucarachas) que se esparcían y se multiplicaban. Por su parte, las embarcaciones transportaron ratas, que atacaron los nidos de la fauna autóctona y pusieron en peligro a los cormoranes ápteros, a las iguanas marinas y a los pingüinos de Galápagos...

La batalla contra la captura ilegal de holoturias se intensificó.

\*\*\*

Había mucho de bandidaje en la pesca de pepinos: nadie en las islas denunciaba porque podía ganarse una puñalada. La pesca había atraído a las Galápagos a individuos que habitaban en zonas muy pobres de Ecuador, en donde la vida no valía nada.

Y había mucho de política también. Muchos comerciantes locales y del continente se hicieron ricos gracias a la venta de holoturias a los mercados asiáticos. Tales comerciantes financiaban a políticos que, evidentemente, estaban a favor de las capturas. Y en algunos casos, las luchas llegaron a altas instancias. Como en 1993.

Aquel año, el Servicio del Parque Nacional Galápagos (SPNG) solicitó al buque estadounidense *Odyssey*, a cambio de una extensión de su permiso de investigación, que identificara los campamentos de pescadores ilegales de holoturias durante sus viajes al oeste del archipiélago.

En tres misiones entre octubre y diciembre de 1993, la tripulación elaboró informes que señalaron la presencia de barcos extranjeros y nacionales faenando ilegalmente en la parte más protegida de la Reserva Marina.

En febrero de 1994, tras numerosos conflictos, la capitanía de Puerto Ayora recibió la orden de la Armada ecuatoriana de no dejar partir al *Odyssey*. Un grupo de presión, compuesto por pescadores industriales, con el Subsecretario de Pesca a la cabeza, inició una maniobra que presentaba a los tripulantes del *Odyssey* como espías extranjeros. Tras una intervención de funcionarios de Washington, se llegó a una solución salomónica: el *Odyssey* abandonó Galápagos clandestinamente a fines de marzo.

Los campamentos de pescadores, sobra decirlo, jamás fueron encontrados. O buscados.

\*\*\*

En la actualidad, la pesca de pepinos es parte de la historia reciente de Galápagos: una de las partes más espinosas, por cierto.

De vez en cuando el asunto vuelve a estar en el candelero. No en vano el archipiélago aún se debate entre la conservación del medio ambiente y las necesidades de sus habitantes humanos.

Una ecuación, esa, que no tiene fácil solución.

## Saqueo en nombre de la ciencia

### Un bibliotecario en las Galápagos (XI)

Al finalizar el siglo XIX, la degradación de la naturaleza de las islas Galápagos era alarmante. A los destrozos causados por los animales introducidos se suma la depredación de los colonos ecuatorianos, que siguen la huella de los anteriores balleneros, que sigue la de los tempranos piratas, corsarios y bucaneros.

Y justo entonces se suman las expediciones científicas.

La Academia de Ciencias de California regresa de su expedición a Galápagos de 1905-1906 con 8.691 pájaros, entre otros especímenes.

[Fue la expedición que bautizó a Academy Bay con su nombre; allí sería fundada más tarde Puerto Ayora, la capital de la isla Santa Cruz].

Durante la permanencia de esa expedición en el archipiélago, el terremoto de San Francisco de 1906 destruyó el museo de aquella ciudad, lo cual permitió justificar (*a posteriori*) la salvajada realizada en las islas.

El pretexto más habitual para este tipo de acciones —que, triste es decirlo, se volvieron usuales en muchas partes del mundo— era obtener el máximo de especímenes para "conservarlos antes de que fuese demasiado tarde" (como señala Corley Smith, 1990).

Los especímenes se amontonaban, llenos de polvo, en los almacenes de los museos y las academias, todo ello en nombre de la ciencia. O se vendían a coleccionistas ricos. O a zoológicos.

En estos últimos se pretendían conservar, *ex situ*, especies amenazadas. Pero la verdad era que los zoológicos se habían convertido en un espectáculo de masas. Y estaban siempre ávidos de nuevas atracciones.

R. Beck, un estadounidense que organizó 4 expediciones a las Galápagos para "recolectar" tortugas vivas para coleccionistas y zoológicos, llegó a afirmar:

En un futuro próximo veremos probablemente la extinción de dos o tres de las especies de tortugas actualmente en vida y, aunque algunos especímenes de otras especies puedan sobrevivir más largo tiempo, también están condenados a desaparecer bajo la presión de sus enemigos. La facilidad con la que estos reptiles, de notable longevidad, pueden ser mantenidos en cautiverio y la fascinación del público por estas tortugas que pesan 500 libras y tienen varios centenares de años las convierten en las huéspedes soñadas de los parques zoológicos (citado en Beebe, 1924).

En efecto, para principios del siglo XX las famosas tortugas gigantes de las Galápagos estaban semi-extintas: la expedición de la Academia de las Ciencias de California apuntó que las especies de isla Floreana e isla Santa Fe se habían extinguido, las de las islas San Cristóbal, Española y Fernandina estaban casi desaparecidas, y las de Santiago, Pinta e

Isabela eran raras. Las únicas especies abundantes eran las de las islas Santa Cruz y Pinzón.

Lejos de frenar a los "recolectores", la rareza de los reptiles aceleró las capturas, en una especie de carrera contra reloj... especialmente contra otras expediciones:

En muchas ocasiones los científicos, luego de haber recolectado tortugas en una isla, declaraban que la especie de esa isla estaba extinguida, hasta que una nueva expedición descubría sobrevivientes, que eran entonces prontamente degolladas y llevadas como preciosos especímenes de una especie "en vías de desaparición". Así, estos "últimos sobrevivientes" fueron recogidos en Pinzón por cuatro expediciones diferentes en 1897, 1898, 1900 y 1901 y, no obstante, los miembros de la expedición de la Academia de California descubrieron, en 1905-1906, 86 tortugas en esta isla, a las que mataron y llevaron para estudiarlas (Thornton, 1971).

Beck (citado en Beebe, 1924) señala que antes de 1900 las expediciones científicas habían capturado alrededor de 150 tortugas. Solo la expedición de la Academia de Ciencias de California (en la que el propio Beck participó) se llevó 260 ejemplares de las 15 especies aún existentes.

[Beck fue la última persona en ver viva una tortuga de la isla Fernandina. En cuanto la vio, la mató. Ese cadáver ocupa un sitio de honor en el Museo de Historia Natural de San Francisco].

La última gran expedición de recolección de tortugas, en 1928, fue la de la Nueva York Zoological Society. Capturó 180 ejemplares de isla Isabela. Todos ellos fueron a parar a zoológicos estadounidenses y australianos.

### ***Referencias***

Beebe, William (1924) (ed.). *Galapagos: World's End*. Nueva York, Londres: G. P. Putnam's Sons.

Corley Smith, G. T. (1990). A brief history of the Charles Darwin Foundation for the Galápagos Islands. *Noticias de Galápagos*, 49, pp. 1-36.

Thornton, I. (1971). Darwin's islands. Nueva York: The American Museum of Natural history / The Natural History Press.

## **De colonizaciones e islas donadas**

### **Un bibliotecario en las Galápagos (XII)**

En 1831, el general ecuatoriano José Villamil —aventurero criollo nacido en la Luisiana española y al servicio de Ecuador— decidió colonizar las islas Galápagos.

Para lograr tal objetivo formó una empresa colonizadora en Guayaquil y en octubre de ese año envió una comisión al archipiélago para realizar algunos estudios preliminares. El día 14 de noviembre, a nombre de la "Sociedad Colonial del Archipiélago de Galápagos", denunció las islas y propuso al gobierno ecuatoriano su colonización. Vicente Roca, prefecto de Guayas, apoyó la idea, que fue aceptada por el Poder Ejecutivo de la (joven) nación andina.

El 20 de enero de 1832 partió de Guayaquil la goleta *Mercedes*, llevando una expedición comandada por el coronel Ignacio Hernández, con instrucciones del nuevo prefecto de Guayas, José J. Olmedo. El 9 de febrero la nave ancló en la actual Floreana, la isla más frecuentada por los balleneros (y antes, por los filibusteros) por ofrecer agua, madera... y tortugas gigantes, alimento de todos los navegantes que por allí habían pasado desde hacía al menos dos siglos.

La toma de posesión de las Galápagos se realizó el 12 de febrero de 1832, oficiando como testigos a los balleneros presentes. Hernández adjudicó nombres a tres de las

islas, entre ellas Floreana: un nombre inspirado en el primer presidente ecuatoriano, el general Juan José Flores, bajo cuyo gobierno se anexó el archipiélago.

\*\*\*

Los primeros colonos del nuevo territorio ecuatoriano fueron 80 soldados del batallón Flores, que se habían sublevado y fueron rescatados por Villamil cuando iban a ser ejecutados. El general-aventurero logró conmutar sus sentencias por penas de trabajos forzados en la nueva colonia. Obtuvo así mano de obra gratuita, aunque necesitó contratar guardias armados para vigilar de cerca a los reos.

El 1 de octubre de 1832, el propio Villamil se dirigió a Floreana para asumir el gobierno de las islas y dirigir los trabajos de colonización. Curiosamente, pocos meses después — concretamente el 16 de marzo de 1833— el gobierno ecuatoriano convirtió a las Galápagos en un lugar de deportación para criminales peligrosos, opositores políticos y prostitutas ("mujeres de mala conducta") de Guayaquil: todos ellos cumplirían "pena de destierro" en las islas Encantadas. De hecho, a su paso por el archipiélago a bordo del *Beagle* en 1835, Charles Darwin apuntó:

Hay doscientos o trescientos habitantes; casi todos son hombres de color desterrados de la República del Ecuador por delitos políticos. Aunque los habitantes se quejan incesantemente de su pobreza, se proveen sin mayor esfuerzo de todos los alimentos que les son necesarios. Se encuentran

innumerables cantidades de chivos y cerdos salvajes, pero las tortugas les suministran su principal alimento.

La empresa de Villamil no tardaría en fracasar rotundamente. Incapaz de hacer pagar impuestos a los barcos que pasaban por Galápagos, de venderles grasa o carne de res a los balleneros, y agobiado por las deudas, el "gobernador" abandonó el archipiélago en 1837.

\*\*\*

Fuertemente endeudado con Léon Urthuburu (Iturburu), el vice-cónsul francés en Guayaquil, y ante la imposibilidad de devolverle el dinero, el general Villamil le donó a su acreedor una de sus "posesiones": la isla Floreana.

Urthuburu era un aventurero, como Villamil: había emigrado a Ecuador en 1823, a los 20 años, y había desarrollado allí lucrativos negocios hasta convertirse en vice-cónsul de su nación de origen. A su muerte en 1860, Urthuburu legó la isla a Barcus, o Barkoxe, su pueblo natal en el País Vasco francés.

Este hecho incitó a Francia a reclamar las Galápagos en 1884. Y en 1951, a que la comuna de Barcus quisiera hacer valer sus derechos sobre Floreana. Unos derechos que todavía dice mantener.

\*\*\*

Los intereses extranjeros sobre el archipiélago encantado fueron muchos. Entre 1844 y 1944, el historiador ecuatoriano Villacrés Moscoso (1985) identificó once tentativas de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia (principales acreedores de Ecuador) para que el país sudamericano les cediese las Galápagos, especialmente como base para sus flotas, y a cambio de un aligeramiento de la deuda nacional.

Lo que hizo fracasar tales tentativas fue el antagonismo entre los pretendientes, que no la resistencia del Estado ecuatoriano.

De hecho, en 1844 el ya mentado Urthuburu informó a su gobierno de que Ecuador estaba seriamente endeudado, y apuntaba que sería una buena oportunidad para sacar las Galápagos en canje. El archipiélago tenía interés estratégico: era nodo de flotas balleneras, base para unir Francia con las colonias previstas en el Pacífico, y un punto cercano al istmo de Panamá... Los galos llegaron a enviar una misión exploratoria a las islas, pero Ecuador no dio lugar siquiera a iniciar negociaciones al respecto. Poco después, en 1851, Gran Bretaña propuso alquilar las islas a cambio de la eliminación de los intereses de la deuda, pero Perú, Francia, España y Estados Unidos se opusieron. En 1854 es Ecuador el que propuso a EE.UU. su alquiler por 3 millones de dólares, con el señuelo de la explotación de guano (recurso, por cierto, inexistente). Pero las demás naciones nuevamente se opusieron.

De modo que, a pesar de los muchos avatares, de las colonizaciones semi-fallidas y las islas donadas, de las idas y venidas y las vueltas y revueltas, y de los muchos y muy

mezclados intereses extranjeros (y nacionales, cabría decir), las Galápagos quedaron ecuatorianas. Hasta hoy.

### ***Referencias***

Etcheverry, Michel (1940). Une commune basque copropriétaire d'une des îles Galapagos (légende et réalité). *Bulletin Hispanique*, 42 (1), pp. 54-58.

Silva, P. (1992). Las islas Galápagos en la historia del Ecuador. *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 12. Quito: Corporación Editora Nacional, pp. 253-303.

Villacrés Moscoso, J. (1985). *Las ambiciones internacionales por las islas Galápagos*. Guayaquil: Casa de la Cultura.

